

# GALILEO GALILEI

Hasta el siglo XVII, la Ciencia había constituido algo integrante de la Filosofía, se estudiaba ésta en función de la Filosofía, es debido a la obra de Galileo en especial, y de los otros científicistas que la Ciencia, como rama frondosa, se desprende del árbol secular, y deslizada totalmente de él, da origen a la Ciencia Moderna. Puede éntonces, decirse que el Renacimiento, edifica los nuevos conceptos de Realidad y Ciencia.

Y refiriéndonos en particular a Galileo, a quien de ordinario se presenta como el más tenaz y mordaz opositor de la Escolástica, debemos con justicia hacer notar que nunca pretendió Galileo, la mente más poderosa, genial e inquieta de su época, desdorar en sus obras la genuína filosofía escolástica; como que es en las obras de Santo Tomás donde hemos de buscar las fuentes de la lógica del ilustre pisano.

Galileo critica los extravíos de la Escuela, decadente en su tiempo: él dice que se siente auténticamente peripatético y que si Aristóteles pudiese levantar la cabeza del sepulcro, sería el primero que, conociendo el telescopio, lo utilizaría para escrutar el cielo.

Redescubridor "por vía de casualidad"; así se expresa, del telescopio, lo emplea para sus observaciones sobre los planetas, nebulosas manchas solares, etc.; constata entonces la verdad de la concepción heliocéntrica de Copérnico, a la que no se adhirió ciegamente, sino tras largos estudios. Naturalmente, al sostener esa doctrina científica, se pone en pugna con la astronomía oficial peripatética escolástica, que sostenía la concepción geocéntrica de Ptolomeo.

Consecuencia de esta actitud basada en perfecta evidencia y razón, pero no conforme al espíritu de la época, regido por el criterio de autoridad, que cegaba los

ojos y en ocasiones aún la reflexión se forma a Galileo el proceso del año 1613. a raíz del cual, luego de examinada su obra es considerada filosóficamente absurda y teológicamente infundada. Galileo promete no volver a exponer sus definiciones, pero luego, es tal su sed de ciencia y es tal el vuelo de su imaginación, su visión profunda de los misterios de la Naturaleza, que parece ofrecer sus arcanos a la obra tesonera de este sabio, incitándole a la búsqueda... que pese a lo prometido, vuelve a realizar aquellos mismos estudios, aquellas observaciones, que eran parte de su vida. Bien es cierto que a ello le incitaban además la voz y el estímulo de los hombres de su época se expresaba y se recibió la palabra de Galileo, como la de un oráculo.

Consecuencia, escribe en 1623, *Il Saggiatore*, libro admirable, no tanto como contenido científico sino filosófico; expone en él su concepción matemática - platónica del Universo, fundamento ortológico de su obra. Dice allí: cap. 6º "La Filosofía está escrita en este grande libro continuamente abierta delante de vuestros ojos, al que llamamos Universo, pero no se lo puede entender si antes no se conocen los caracteres en los cuales está escrito; está escrito con caracteres matemáticos, triángulos, círculos y figuras geométricas, sin el conocimiento de los cuales es imposible entender nada del Universo: sería dar vueltas en un laberinto".

Expone también en éstas y otras de sus obras, su crítica a la cultura escolástica; adelantándose a su tiempo, no fué comprendido. La Inquisición lo somete nuevamente a proceso en 1632 y le obliga a retractar el error de fundar sus doctrinas en la Sagrada Escritura.

¡Magníficos descubrimientos los suyos, que, reputados entonces como absurdos, constituyen hoy un timbre de gloria!

Pero lo que hace más grande, más noble, más digna de respeto la persona de Galileo, fué su actitud en esa ocasión.

Era sabio y era cristiano e intimamente religioso, conoció el drama de una fingida y aparente oposición entre Ciencia y la Fe, y debiendo optar sin claudicaciones por una u otra, optó por la segunda... que si

le rebajaba a los ojos del mundo, le elevaba ante Dios... cerró los ojos a la evidencia de sus observaciones, cerró su inteligencia a la solución de aquellos problemas que tanto le apasionaran, y dedicó los últimos años y las últimas energías de su laboriosa vida, a obras exclusivamente científicas: la investigación de dos ciencias nuevas: la Mecánica y la Dinámica, que deben a él, puede decirse, su existencia.

LÉCTORA DE 'AMICITIA'

## El Primer Matrimonio de "Fernán Caballero"

Cecilia Bohl de Faber se llamaba, en realidad, la conocidísima escritora española del siglo pasado, que firmaba **Fernán Caballero**. Mucho gustaron sus novelas reflejadoras de su época, del ambiente andaluz y ricas de intuiciones delicadas, de reflexiones tan penetrantes como atinadas. Creo que si tuviéramos hoy más afición a la novela constructiva y nos dejáramos llevar menos por el gusto a lo novelesco o a lo ligero, con fuerte sabor **de mentalidades** que no pueden ser la nuestra porque no son de nuestra raza, las saborearíamos con fruición también en nuestros días. En este renglón de la **novela**, nos hemos arruinado un poco el paladar. Tenemos que volver un tanto atrás, sin temor de parecer fuera de época y darnos la satisfacción de preguntar **todavía de lo nuestro**, de lo castizo, de lo sustancioso. De lo tradicionalmente cristiano, en fin.

Sin embargo, no es precisamente de las novelas de Cecilia Bohl que queríamos hablar. Más bien, es de una época de su vida, la de su primer e infortunado matrimonio, que el P. Luis Coloma reconstruye en su libro "Recuerdos de Fernán Caballero", basándose, más que en los relatos de su anciana amiga, en las pá-

ginas de una de las más difundidas entre sus novelas: "La Farisea".

Fernán Caballero no hablaba nunca, ni aún con sus amistades más íntimas de aquel período desdichado y aleccionador a la vez de su existencia. "Para esto, decía, tendría que hablar mal de dos personas, y eso no lo haré nunca". Pero lo expuso en cierto modo autobiográfico en una de sus obras. Y ahora que sabemos que la Clemencia de "La Farisea" es ciertamente la joven Cecilia Bohl, es interesante recordar el drama terrible en que la arrojó la materna impresión, y las reacciones que su espíritu delicado manifestó en él.

Pues bien, aquella joven — que en sus maduros años iba a ser célebre de incógnito, bajo un seudónimo original que para la mayoría de sus innumerables lectores la mantenía en las profundidades de **anónimo**— **encontróse de improviso**, a los **16 años**, al pie del altar, junto a un hombre que conocía sólo desde pocos días antes y que a la muy escasa experiencia de **la novia**, no añadía nada más que la **dolorosa** de sus 24 años calaveras y desvergonzados.

El matrimonio habíase concertado por parte de él... únicamente para ganar una